

Niña ahogada en el pozo

GARCÍA LORCA EN NUEVA YORK

Brianda Pineda Melgarejo

El dado está en el aire y su mareo de caras acerca el radiante rostro del poeta inmerso en una fiesta de ruido. Ya caído, es posible distinguir su silueta verde en la última cara: Federico García Lorca está en Nueva York.

Las colmenas pulidas por ruidos metálicos y escaleras que conducen a habitaciones siempre vacías, los rascacielos que arañando el firmamento en sus sueños de cifras han hecho del cielo una herida, los gestos perdidos espejo dentro que ocultamos en las mangas de nuestros abrigos como un as deforme son señales conduciéndonos a la poesía de la ciudad.

Ciudad cantada eternamente por los poetas, ciudad de cantos tornasoles y ruido de focos fundidos en la esperanza del amanecer: todos tus rostros clavan su aguijón en las palabras para que el poema sea una cicatriz de luz. Lo sabían la nostalgia porteña de Borges, el fuego y la ceniza de los versos de Paz, la mirada profunda y roja de Efraín Huerta y las agridulces líneas de Benedetti sin punto ni coma, pues eres el refugio de todos los nombres que pronuncias y olvidas.

El dado está en el aire y su mareo de caras acerca el radiante rostro del poeta inmerso en una fiesta de ruido. Ya caído, es posible distinguir su silueta verde en la última cara: Federico García Lorca está en Nueva York. Ha dejado sus puertas abiertas y todas las estacas se arrojan de los edificios para verlo pasar. La crisis norteamericana de 1929, esa puerta de emergencia, ha tocado su hombro invitándolo a beber el café más amargo.

Ahora sabe su sangre lo que es correr por el plateado río de callejones sin escape, pesa en sus ropas como una cruz la insondable melancolía de sus paseos por la gran ciudad: ha vomitado, sin remedio, todos sus versos para dar forma al poemario que canta la inutilidad del progreso, el vértigo de sombras frías donde nos ocultamos de la luz sencilla sin relojes.

La lectura de *Poeta en Nueva York* asombra y confunde, es una brusca sacudida para despertar a la gente que “busca silencios de almohada”. La llave para entrar al poema nos la ofrece una mano temblorosa por la fuerza poética que sólo guardan las mentes ajenas a la maquinaria de su época, las mentes que miran el muro con la esperanza de contemplar su derrumbe, y, por fin, admirar el ruido de todos los cerrojos en la palma abierta del grito verdadero.

Entre sus páginas aparece “Niña ahogada en el pozo (Granada y Newburg)” ¿Remembranza? Quizá. En el título aparecen dos lugares de vital importancia: Granada, la tierra que vio nacer a Lorca, y Newburgh, una ciudad del condado de Orange perteneciente al estado de Nueva York respondiendo a la estancia del poeta en La Gran Manzana. Dos distancias unidas por un símbolo: el pozo. El poema parte de la misteriosa mirada ausente y mortuoria de las estatuas, su luto de piedra o mármol que quiebra los relojes que desafían el tiempo, pero hay un dolor más agudo, un agua oculta en sus pupilas:

Las estatuas sufren por los ojos con la oscuridad
[de los ataúdes,
pero sufren mucho más por el agua que no
[desemboca.
Que no desemboca.

La procedencia de esa agua nos resulta aún desconocida, pero un desastre tiene lugar, transcurre en un pueblo –¿acaso Granada?– en tono de guerra; el pueblo



Copaleña

corre por las coronas, trincheras refugio y amenaza de algún castillo o torre, la destrucción y alerta son visibles. Una voz ordena mientras las estrellas infantiles cantan:

El pueblo corría por las almenas rompiendo las
[cañas de los pescadores.
¡Pronto! ¡Los bordes! ¡Deprisa! Y croaban las
[estrellas tiernas.
...que no desemboca.

Es en el recuerdo del poeta donde la niña permanece tranquila: convertida en estrella, en lo alto del firmamento; en el círculo eterno donde ocurre la realización de un deseo o fin: la niña es una estrella apagada dentro de un pozo. La muerte –en contraposición con la vida– es reposo, distancia del desasosiego, y la vida una “¡muerte sin descanso!” En esa misma estrofa el llanto aparece, es la ahogada quien llora “por las orillas de un ojo de caballo”. El poeta recurre a símbolos cargados de significación y puestos sobre la cuerda floja, delgada línea que separa y pone frente a frente conceptos insondables como vida/muerte,

movimiento/quietud, luz/oscuridad, cielo/tierra, destrucción/redención. Van cabalgando las “fuerzas ciegas del caos primigenio” arrojando a su paso destellos de fuerza, naturaleza, movimiento e instinto, pero la muerta permanece apenas en la orilla del ojo, en esa agua turbia casi apagada que poco nos muestra el vigor y la animalidad del caballo.

Lorca sabe que la oscuridad es el espacio donde habita la muerte, donde la imposibilidad de acción se revela en su flujo inmóvil. Ahí cesa el peligro. Muerte y vida son bordes. Un futuro de espiga de luz, un centro místico, es vedado a la ahogada en las tinieblas:

Pero nadie en lo oscuro podrá darte distancias,
sin afilado límite, porvenir de diamante,
...que no desemboca.

El “mientras” que abre la siguiente estrofa introduce una nueva esfera en el poema; paralela a la contemplación del recuerdo del pozo está la gente con sueño, el reposo y el olvido, la vida apagándose en las profundidades del sueño. Una muerta está más viva, late en lo eterno, es en su atadura circular un suceso condenado a repetirse, un conjuro de la muerte sobre la quietud del pozo y su silencio sin luz:

Mientras la gente busca silencios de almohada
tú lates para siempre definida en tu anillo,
...que no desemboca.

Eterna en los finales de unas ondas que aceptan
combate de raíces y soledad prevista,
...que no desemboca.

La energía simbólica del agua ilumina todo el poema: lo profundo e inmóvil, el agua que no fluye, la tumba líquida que servirá de telescopio cuando alguien descubra la roca que la oculta y el firmamento lance una señal de luz hacia su centro. Creían los Vedas que al principio todo era como un mar sin luz, distintas culturas han visto al agua como principio y fin de todas las cosas pues todo lo viviente procede de ella. El pozo, útero, punto medio entre la vida y la muerte, vuelta a la ausencia sin forma, anuncia en su estancamiento la imposibilidad del parto, el amuleto sin ondas del misterio. Avisando el carácter líquido un eco a modo de verso repetido atraviesa el poema once veces: agua “...que no desemboca”, los puntos suspensivos que le preceden enfatizan la impotencia de no poder mudar de gestos.

Después, los signos de exclamación, aviso, algo se acerca, ordena el yo poético a la niña ahogada levantarse, resucitar; a cambio la luz le dará entre la multitud esa unión eslabonada, la adaptación del hombre a la

sociedad. En este poema –apuesto–, el poeta invoca a la ciudad de Nueva York y sus pasos metálicos acercándose a la boca del pozo.

¡Ya vienen por las rampas! ¡Levántate del agua!
¡Cada punto de luz te dará una cadena!
...que no desemboca.

Pero el pozo, contrario a la posibilidad simbólica de salvación que guarda a través de la historia, afirma la muerte de la niña “manecitas de musgo”, el aliento infantil esparce las dudas que ciertas criaturas mitológicas, espíritus elementales, siembran en el corazón de los hombres. Equivalentes a las náyades griegas, las ondinas danzan en las aguas atrayendo a la muerte a los que se acercan para admirar su enigmática belleza, son ninfas desprovistas de alma cuya leyenda menciona, en algún rincón, la unión con marineros o simples hombres con el fin de engendrar un hijo y de este modo conseguir la vedada alma. Lejos del juego malvado e inconsciente de estos seres mitológicos acuáticos, la inocencia asoma por la mirada del ojo negro donde duerme la niña ahogada de Lorca:

Pero el pozo te alarga manecitas de musgo.
insospechada ondina de su casta ignorancia,
...que no desemboca.

Es este el poema de la exaltación de la muerte, la multitud de ecos anunciando el estancamiento. Agua fija, inmóvil, alguien robó la cualidad esencial, la sustancia que anima a los seres y a las cosas: la niña, símbolo del futuro: hija del alma y centro místico, lleva ahora en el rostro la palidez del ahogado, su brillante piel en movimiento se ha fijado en un punto muerto, el espacio que se respira es un silencio o ruido mutilado y el final del poema transcurre entre el origen y el destino de las aguas: su anquilosamiento. La escala musical del dolor y la ausencia de los edificios deshabitados en la Urbe es la música que harían sonar si conservaran aún sus cuerdas los violines del desasosiego.

Un grito último, expresivo, abandona el poema en el último verso: la desesperanza circular del pozo, ese ojo único, cíclope en su afán destructivo, “¡Agua que no desemboca!”

Lorca escribe la mirada de la ciudad, se llena las manos de luz, luz turbia de los días sin calma, de las tardes cuya prisa impide al hombre reposar a la sombra de un árbol. Su poesía no es la luz que ilumina los aparadores absurdos de Nueva York, pero nace como rechazo a ella.

Tiempo después, a inicios de los años setenta, Alejandra Pizarnik escribiría a La Gran Manzana,



Surfeando una serpiente

asombrada por no sé qué apariciones: “allí el poema tiene que pedir perdón por su existencia”. García Lorca comprende en su tiempo el desarraigado porvenir de la ciudad y canta la soledad, el asco, y la luz; protesta por las atrocidades ocultas entre cifras del hombre: los cada vez mayores asesinatos para alimentar el hambre insaciable: ese consumismo ocioso. Él, en el poema, se sacrificaría por una vaca, pero tendrían que morir millones de hombres, ocurrir millones de sacrificios, para que la transformación cobrara sentido. La ciudad prefiere la ceguera y esa mujer gorda va delante aún, alimentándose de raíces y conspirando para que todas las ciudades no dejen de crecer. *Poeta en Nueva York* nos muestra un eco del Lorca español, pues es una continua ley de fuga el paso del poeta por la gran urbe. **LPyH**

*Trabajo ganador del Premio Nacional al Estudiante Universitario Carlos Fuentes (ensayo), de la UV, en 2014.

• **Brianda Pineda Melgarejo** (Xalapa, 1991) estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UV. Ha publicado diversos textos en *La Palabra y el Hombre*, *Liberoamérica* y comentarios cinematográficos en la revista *F. I. L. M. E. Exbecaria* de la FLM (poesía).